

SCARLETT THOMAS



EL PODER
— DE LOS —
ELEGIDOS

EL GRAN TEMBLOR ✪ LIBRO SEGUNDO

En el llamado Veromundo, el mundo posterior al Gran Temblor, Effie Truelove y sus amigos –el mago Maximilian, la bruja Raven, la sanadora Lexy y el guerrero Wolf– tienen prohibido hacer magia, poseer objetos mágicos y, por supuesto, viajar al Altermundo. Cuando Effie es expulsada del colegio por no respetar estas normas y su padre le confisca sus adminículos, la niña se pregunta cómo recuperar esa vida que tanto ama.

La ocasión se presenta cuando Raven oye el rumor de que Skylurian Midzhar planea quemar todos los ejemplares del popular libro *Los elegidos* en una ceremonia pública. Indignada por la noticia, Effie vuelve a hurtadillas al Altermundo para salvar su preciada Gran Biblioteca y proteger el Valle del Dragón, sin saber que esos planes maléficos prevén acabar con ella.

En esta continuación de las aventuras de *El Valle del Dragón*, los cinco protagonistas irán descubriendo la verdadera naturaleza de sus poderes y explorarán distintos caminos para entender el nuevo mundo en el que viven.

Repleta de intriga, astucia, valentía y mucha magia, la segunda entrega de la serie EL GRAN TEMBLOR confirma el enorme talento de Scarlett Thomas para construir un universo fantástico que rebosa inteligencia, amor por los libros y un extraordinario sentido del humor.

Índice de contenido

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Agradecimientos

Sobre la autora

A mamá y Couze, con amor.

Y en recuerdo de David Miller.

El «niño» es todo aquello que queda
abandonado y expuesto, y al mismo
tiempo es divinamente poderoso; el
principio insignificante y dudoso, y el fin
triumfal.

C. G. JUNG

Allí vi actuar a malabaristas, magos, lan-
zadores y pitonisas, hechiceras, viejas
brujas, adivinas.

GEOFFREY CHAUCER

Todo ser mortal hace una cosa y sólo
una: manifestar aquello que habita en
su interior; así se afirma; «yo mismo», di-
ce con todas las letras, y exclama: «Soy
lo que hago, a eso he venido».

GERARD MANLEY HOPKINS

1

Orwell Bookend no era un hombre muy feliz. En ese momento, acompañado por un murciélago pequeño que lo observaba con su peculiar mirada cabeza abajo, ni siquiera estaba seguro de haber sido feliz en alguna ocasión. Quizá lo había sido hacía mucho tiempo, cuando Aurelia, su primera esposa, aún estaba con ellos. Cuando aún no había perdido el control de su hija Effie. Cuando aún no se le había ocurrido subir al polvoriento desván sin quitarse antes el traje que solía ponerse para ir al trabajo.

¿Dónde se había metido esa condenada niña? Seguro que estaba viviendo una aventura en algún lugar «mágico» con los ilusos de sus amigos: el gordito de las gafas y aquella niña que, por lo visto, llevaba vestidos de noche a todas horas. Bueno, Effie iba a encontrarse en un buen lío en cuanto llegara a casa, desde luego. «Habrà pasado por el desván –concluyó–, y seguro que se ha llevado el libro». No había ni rastro de *Los elegidos*, de Laurel Wilde. Y eso era lo que en ese momento lo hacía sentirse extremadamente triste.

La tristeza de Orwell Bookend, como tantas otras, había empezado al desaparecer cruelmente de su vista la posibilidad de ser feliz justo cuando acababa de vislumbrarla. Hacía más o menos unos cuarenta y cinco minutos de eso. Iba escuchando la radio en el coche, de vuelta a casa desde la universidad, cuando anunciaron un concurso.

A Orwell Bookend le encantaban los concursos. No solía reconocerlo ante la mayoría de la gente, pero incluso lo hacían feliz. Bueno, hasta que perdía. Todos los viernes rellenaba con esmero el críptico crucigrama con premio de la *Gaceta de Ciudad Antigua* y lo mandaba a un apartado de correos de las Fronteras. Con el paso de los años, el coste de los sellos había superado con creces el monto del premio, que era un vale por un libro de quince libras, pero Orwell no estaba dispuesto a cejar en su empeño hasta hacerse con ese vale, que pensaba enmarcar y colgar en su oficina.

La segunda causa de felicidad para Orwell Bookend era ganar dinero, aunque no se le daba demasiado bien (como quedaba demostrado por sus intenciones con respecto al vale). Y si conseguía encontrar ese libro —la primera edición de *Los elegidos*, en tapa dura, que Aurelia le había comprado a Effie tantos años atrás—, tendría la oportunidad de participar en un concurso y ganar dinero. Eso habían dicho en la radio. Si algún afortunado poseía un ejemplar original de *Los elegidos*, debía llevarlo el viernes al ayuntamiento, donde obtendría cincuenta libras en metálico y la posibilidad de ganar un suministro gratuito y vitalicio de electricidad. Y si alguien tenía la edición de bolsillo, podía cambiarla por un billete de diez.

En los cinco años transcurridos desde el Gran Temblor, cincuenta libras habían pasado a ser bastante dinero. Después del temblor, la economía, como tantos otros sistemas complejos, había entrado en una fase de cansancio y malhumor y había empezado a portarse mal. Desde luego, había dejado de interesarle cumplir toda una serie de estúpidas leyes matemáticas. Aquel día, sin duda, merecía la pena conseguir cincuenta libras. Al día siguiente ya se vería.

Ahora bien, ¿electricidad gratuita sin límites y para toda la vida?! Bueno, ese premio sí que merecía la pena. Al fin y al cabo, por muy rico que uno fuera, nadie tenía acce-

so a un suministro ilimitado de electricidad, al menos desde el Gran Temblor. En fin, nadie salvo Albion Freake, que daba la casualidad de que era el dueño de toda la electricidad del mundo. Por alguna razón, su empresa, Albion Freake Inc., ofrecía ese premio gigantesco y encima ponía también el dinero en metálico. Lo único que tenía que hacer Orwell Bookend era encontrar el libro. Claro que en realidad el libro no era suyo. Era de Effie. Aunque a Orwell Bookend eso no le preocupaba lo más mínimo.

La cabeza del doctor Green parecía una patata cocida. No una patata cocida agradable y normal, lavada y pelada previamente, sino una patata vieja y seca, con la piel correosa, abandonada demasiado tiempo en el campo y llena, aun después de hervir, de extraños brotes peludos. A juicio de Maximilian Underwood, esos brotes eran como raíces que se hubieran aventurado con gran coraje a buscar la luz para morir de inmediato.

El doctor Green estaba en medio de un cuento didáctico —el peor tipo de cuento, en opinión de Maximilian—, en el que una misteriosa bruja jorobada le entrega un par de viejos y maltrechos zapatos a una niña en la cola de la beneficencia.

—La vieja le susurra a la niña que los zapatos son mágicos —dijo el doctor Green con una voz que sonaba blanda, húmeda y grasienta, como si fuera de margarina.

Maximilian sabía exactamente lo que iba a ocurrir en la historia. Seguro que todos lo sabían. Al día siguiente, la niña se pone los zapatos y gana una carrera, batiendo todos los récords. Luego la descubre un famoso entrenador que le suplica que se ponga un calzado mejor. Por supuesto, ella se niega a calzar cualquier cosa que no sean sus «mágicos» y desgastados zapatos. Al final, ocurre lo inevitable. La rival de la niña le roba los zapatos y se los esconde. La niña se ve obligada a competir con unas zapatillas norma-

les. Por supuesto, vuelve a ganar. Moraleja: los zapatos no tenían nada que ver. Fin.

–Bueno –dijo el doctor Green una vez terminado el cuento–. Algunos aspectos para la reflexión.

Se acercó a una pizarra sobre ruedas, que solía pasar el resto de la semana dentro de un armario y sólo salía los lunes por la noche para esas clases a las que supuestamente acudían los neófitos –recién epifanizados, niños en su mayor parte–, para aprender los principios básicos de la magia. Era la primera clase de Maximilian. Se había presentado con la esperanza de ver, como mínimo, calderos burbujeantes y, con un poco de suerte, objetos que volaran por toda la habitación y estallaran en llamas. Pero de eso nada. Era todo muy aburrido.

En la pizarra había una lista de cosas prohibidas para los neófitos, a las que ya habían dedicado casi toda la clase hasta ese momento.

1. LOS NEÓFITOS JAMÁS HARÁN MAGIA SIN LA SUPERVISIÓN DE UN ADEPTO (O DE ALGUIEN SUPERIOR).
2. SE PROHÍBE A LOS NEÓFITOS POSEER ADMINÍCULOS SIN EL PERMISO EXPLÍCITO DEL GREMIO DE ARTÍFICES (PERMISO QUE PODRÍA SER REVOCADO EN CUALQUIER MOMENTO).
3. CUALQUIER ADMINÍCULO LLEVADO A CLASE POR UN NEÓFITO SERÁ CONFISCADO.
4. SE PROHÍBE A LOS NEÓFITOS HABLAR DE MAGIA FUERA DE CLASE.
5. CUALQUIER NEÓFITO QUE VIAJE, O INTENTE VIAJAR, AL ALTERMUNDO SERÁ OBJETO DE UN CASTIGO MUY SEVERO.
6. SE PROHÍBE A LOS NEÓFITOS INTERCAMBIAR ADMINÍCULOS, MAPAS, HECHIZOS, INFORMACIÓN O CONOCIMIENTOS DE CUALQUIER CLASE QUE GUARDEN RELACIÓN CON LA MAGIA O CON EL ALTERMUNDO.
7. LOS NEÓFITOS JAMÁS MENCIONARÁN EL ALTERMUNDO A NADIE Y NUNCA.

8. LOS NEÓFITOS DEBEN HABLAR SÓLO EN INGLÉS, NUNCA EN NINGUNO DE LOS IDIOMAS DEL ALTERMUNDO. HABLAR IDIOMAS DEL ALTERMUNDO EN EL VEROMUNDO IMPLICARÁ UN CASTIGO MUY SEVERO.

Era peor incluso que el colegio normal. Y también hacía más frío. La clase semanal del doctor Green se celebraba en el vestíbulo más que polvoriento de una vieja iglesia, con el suelo de madera y unos enormes radiadores esmaltados de los que surgían constantes crujidos y gemidos, pese a que nunca irradiaban calor alguno. Debajo de cada radiador había una taza de porcelana para recoger el agua que goteaba, y en el techo, un viejo tubo fluorescente cuya luz oscilaba con un ligero temblor en los breves períodos en que la electricidad funcionaba. Aunque la estancia, por lo general, estaba iluminada con velas.

Maximilian miró de nuevo la lista. Daba la casualidad de que ya había hecho la mayor parte de las cosas que se prohibían en ella, y le daba exactamente igual.

Effie Truelove, su amiga, también las había hecho casi todas. Desde luego, había estado en el Altermundo. Maximilian pensó con cierto orgullo que él había hecho incluso algunas cosas que ni siquiera estaban en la lista, como intentar viajar al Inframundo y leer las mentes ajenas.

De todos modos, por suerte Lexy Bottle les había advertido tanto a él como a Effie que no llevaran sus adminículos a clase. Al parecer, si el doctor Green te quitaba los adminículos ya no volvías a verlos. Los de Maximilian – las Gafas del Conocimiento y el Athame de Sigilo– estaban en ese momento a buen recaudo en su casa, debajo de su cama. Había usado un hechizo menor de invisibilidad para que su madre no los encontrara, por si daba la casualidad de que decidía ordenar su habitación, como hacía de vez en cuando. Por supuesto, su madre sabía que él había epifanizado y que era un erudito, pero Maximilian no le había confesado todavía que ya era mago. No estaba seguro de que a su madre le gustara demasiado.

Fuera de la clase ululó un búho y una suave capa de escarcha empezó a extenderse por los valles y los altos páramos. En las profundidades del cielo oscuro, un meteorito burbujeó y se extinguió. Se estaba haciendo tarde. Todas las velas de la sala parecían temblar y bailar al unísono. En ese momento, lo único que deseaba Maximilian era su recena de siempre: tres bomboncitos de café, un vaso de leche de cabra y luego un largo, gustoso y pacífico...

Lexy dio un codazo a Maximilian.

–Despierta –le susurró.

Al otro lado de Lexy, Effie Truelove también se estaba adormilando. ¿Qué les pasaba a esos dos? Lexy nunca había vivido una experiencia tan emocionante como aquella clase. Lexy iba a aprender a ser una gran sanadora. Iba a encontrar a alguien que la aceptara como aprendiz y luego iba a ser...

–En primer lugar –dijo el doctor Green–, quiero que penséis cuál es la función que cumple la magia en esta historia. Quiero que identifiquéis dónde interviene. Y luego quiero que hagáis una lista con todos los casos en los que se producen intercambios de capital M en todos y cada uno de los momentos relevantes de la historia.

Lexy había pasado ya la página de su cuaderno y había anotado la fecha y la tarea con su nueva pluma. Estaba convencida de saber todas las respuestas. Sin embargo, antes de que los niños pudieran empezar la tarea, sonaron las nueve en la campana de la iglesia, lo cual implicaba que había llegado el momento de irse a casa. ¡Tan pronto! Lexy habría estado encantada de pasar toda la noche empapándose de la sabiduría del doctor Green.

–Podéis llevaros la tarea a casa –dijo el doctor Green– y entregarla al principio de la clase del próximo lunes, a las siete. Gracias a todos. ¡No salgáis en estampida! Ah, Euphemia Truelove... Quiero comentarte una cosita.

2

Euphemia Sixten Bookend Truelove, conocida como Effie, lamentaba haber acudido a esa clase. Al fin y al cabo, no era obligatoria para nadie. Era optativa. Era un poco como ir al cole cuando no tenías por qué. ¿Y qué clase de idiota hacía algo así? Su amigo Wolf Reed, con el que había pasado casi toda la tarde jugando al tenis, había preferido irse a un entrenamiento de *rugby*, mientras que Raven Wilde, otra buena amiga, se había marchado directamente a casa después del colegio, a dar de comer a su caballo. Entonces ¿por qué había ido Effie a clase?

Por una razón bien sencilla: porque Lexy le había dicho que era la única manera de ascender en el escalafón de la magia, convertirse en maga y vivir en el Altermundo para siempre.

A Effie le encantaba el Altermundo. Si pudiera encontrar el modo de vivir siempre allí, sería feliz. Pero primero tenía que progresar con la magia, así que no le quedaba más remedio que acudir a esa clase. Según Lexy, el doctor Green era el mejor maestro de magia de todo el país. Era un genio, por mucho que a veces pareciera más bien lento y aburrido. Lexy lo sabía todo de él porque el doctor Green había tenido hasta entonces tres citas con su tía Octavia.

El doctor Green estaba de espaldas a Effie. Borraba la pizarra moviéndose con pequeñas sacudidas. La larga lista de prohibiciones se estaba disolviendo en partículas de tiza que caían al suelo, el lugar que, a juicio de Effie, le co-

rrespondía. Suspiró. ¿Cuánto rato iba a tener que quedarse allí plantada antes de descubrir qué había hecho mal? Porque sabía que algo había hecho. Lo notaba en los aires que se daba el doctor Green.

–Déjalo en la mesa –dijo por fin, al tiempo que daba media vuelta con el ceño fruncido.

–¿Perdón? –dijo Effie.

–Perdón, señor.

Effie volvió a suspirar.

–Perdón, señor.

–Que dejes el anillo en la mesa, por favor.

Ay, no. Effie tragó saliva en silencio.

–¿Qué anillo, señor?

–El anillo que llevas escondido en el forro de la capa. El Anillo del Auténtico Héroe, según creo. Un adminículo prohibido. Entrégalo.

Effie volvió a tragar saliva. ¿Cómo se había enterado de que lo llevaba? Como Lexy le había advertido que no llevara adminículos a la clase –y encima los suyos no estaban registrados, lo que implicaba un riesgo mayor–, el día anterior Effie los había escondido todos en casa, en su caja especial. Todos menos el Anillo del Auténtico Héroe, que había usado un rato antes, en su entrenamiento de tenis.

Effie nunca se ponía el anillo para los partidos de verdad, sólo para entrenar. La primera vez que se lo había puesto, había estado a punto de morir. Sin embargo, siempre que se preocupara de comer y beber lo suficiente para recuperar energías, con él ganaba en fuerza, en agilidad y en toda una serie de aspectos que ni siquiera podía describir. Y la hacía sentirse más conectada con el Altermundo. Y...

–No tengo toda la noche –insistió el doctor Green.

Llevaba un traje de calle de color marrón, con motas verdes y naranja que en ese momento destacaban a la luz de la luna que entraba por la ventana. La camisa era de un amarillo peculiar. Miró el reloj y luego le clavó una dura

mirada a Effie, como suelen hacer los profesores más horribles justo antes de echar a un alumno del claustro y hacerlo llorar por algo que no ha hecho.

–Además, ¿exactamente por qué quiere mi anillo?

–¿Cómo dices?

–¿Por qué quiere mi anillo?

–Es un adminículo y lo has traído a mi clase. Por lo tanto, debo confiscarlo.

–Pero...

–No hay necesidad de discutir. Haz lo que te digo, por favor.

–¿Y qué va a hacer con él?

–Se lo entregaré al Gremio. Si estuviera registrado, podría devolvértelo el próximo lunes. Pero un adminículo sin registrar... –Negó con la cabeza–. Tendrás que escribir al Gremio y presentar una solicitud para registrarlo y, según tengo entendido, rellenar otro formulario para presentar una solicitud que te permita recuperarlo. Y...

Effie se sorprendió al oírse decir:

–No.

El doctor Green entornó los ojos.

–¿Qué has dicho?

–No –repitió–. No se lo voy a dar. Lo siento. Es que no puedo.

–Puedo obligarte de varias maneras –respondió el doctor Green, dando un paso hacia ella–. Aunque no hará falta, por supuesto. Entrégamelo.

Effie sacó el anillo de su escondite, dentro del forro de su capa escolar, de color verde botella. El anillo era de plata, con una piedra rojo oscuro sujeta por unos cuantos dragones minúsculos también de plata. Griffin, su adorado abuelo, se lo había dado justo antes de morir. Era impensable que Effie se lo entregara a nadie. Se lo puso en el pulgar de la mano izquierda, donde mejor le encajaba. La recorrió una sensación de confianza y fortaleza.